

responde á lo vulgar, á lo trivial, á lo común. Nada hay tan popular en ese sentido como la canción *Au clair de la lune*, y *Ah! qu'on est fier d'être français!* Esa popularidad es pura vulgaridad. El arte la desdeña. El arte no solicita la influencia popular de los contemporáneos sino con la condición precisa de seguir siendo arte. Y si por casualidad se le niega esa influencia, lo que es raro en todo tiempo y en particular imposible en el nuestro, queda para él otra popularidad que se forma por el sufragio sucesivo del pequeño número de hombres de mérito escogidos que pertenecen á cada generación; á fuerza de siglos, también llega eso á constituir una muchedumbre; ese es, preciso será decirlo, el verdadero pueblo del genio. En materia de masas, el genio se dirige más aún á los siglos que á las muchedumbres, á las aglomeraciones de los años que á las aglomeraciones de hombres. Esa lenta consagración de los tiempos hace esos grandes nombres, á veces burla de sus contemporáneos, es cierto; pero en un día determinado, aceptados por la muchedumbre, que los reconoce y no vuelve á discutirlos. Pocos hombres hay en cada generación que lean con inteligencia á Homero, Dante, Shakespeare; todos se inclinan ante esos colosos. Los grandes hombres son como las altas montañas, cuyas cimas permanecen inhabitadas, pero dominan siempre el horizonte. Ciudades, colinas, valles, caminos, cabañas, están abajo. Desde hace cincuenta años, doce hombres solamente llegaron á la cima del Montblanc. ¡Cuán pocas inteligencias pudieron llegar á la cima del Dante y de Shakespeare! ¡Cuán pocas miradas pudieron contemplar el inmenso mapamundi que se descubre desde aquellas alturas! ¡Qué importa! ¡Todos los ojos están eternamente fijos en esos puntos culminantes del mundo intelectual, montañas cuya cúspide se halla tan alta, que el último rayo de los siglos desde largo tiempo ocultos tras el horizonte, resplandece aun en ella!

DIARIO DE LAS IDEAS

DE LAS OPINIONES Y DE LAS LECTURAS

DE UN JOVEN JACOBITA DE 1819



HISTORIA



ENTRE los antiguos, la ocupación de escribir historia era como un recreo de los grandes hombres históricos; era Jenofonte, entre los diez mil; era Tácito, príncipe del senado. Entre los modernos, como los grandes hombres históricos no sabían leer, fué preciso que la historia se dejase escribir por literatos y sabios, gentes que únicamente eran sabios y literatos, porque habían pasado toda la vida ajenos á los intereses de éste mundo, es decir, sin conocer la historia.

De ahí que en la historia, tal cual la escribieron los modernos, resulta algo pequeño y poco inteligente.

Debe observarse que los primeros historiadores antiguos escribieron según las tradiciones, y los primeros historiadores modernos, según las crónicas.

Los antiguos, escribiendo según las tradiciones, siguieron esta gran idea moral, según la cual no bastaba que un hombre hubiese vivido ó que un siglo hubiese existido para que perteneciese á la historia,

sino que era preciso que hubiese legado grandes ejemplos para memoria de los hombres. He ahí por qué la historia antigua no decae, no languidece nunca. Es lo que debe ser, el cuadro razonado de los grandes hombres y de las grandes cosas, y no, como se ha querido hacer en nuestros días, el dietario de la vida de algunos hombres, ó el *proceso verbal* de algunos siglos.

Los historiadores modernos, que escribían según las crónicas, no vieron en los libros más que lo que había en ellos, hechos contradictorios que restablecer y fechas que necesitaban conciliarse. Escribieron como sabios, ocupándose mucho de los hechos y rara vez de las consecuencias, sin extenderse acerca de los acontecimientos según el interés moral que eran susceptibles de presentar, mas según el interés de curiosidad que les quedaba aún, teniendo en cuenta los acontecimientos de su siglo. He aquí por qué la mayor parte de nuestras historias comienzan por un resumen cronológico y concluyen en gacetas.

Se ha calculado que serían necesarios ochocientos años para que, empleando catorce horas diarias, se pudiesen leer únicamente las obras relativas á historia que existen en la Biblioteca Real; y entre estas obras hay que contar más de veinte mil, la mayor parte en varios volúmenes, tan sólo correspondientes á la historia de Francia, desde Royou, Fantin-Désodoards y Anquetil, que escribieron historias completas, hasta esos buenos cronistas Froissard, Comines y Juan de Troyes, por los cuales sabemos que *tal día el rey estaba enfermo*, y que *tal otro día un hombre se ahogó en el Sena*.

Entre esas obras, hay cuatro generalmente conocidas bajo el nombre de las cuatro grandes historias de Francia; la de Dupleix, que no se lee ya; la de Mézeray, que se leerá siempre, no por ser tan exacto

y tan verdadero como ha dicho Boileau respecto de la rima, sino porque es original y satírico, lo cual es preferible para lectores franceses; la del Padre Daniel, jesuíta, famoso por sus descripciones de batallas, que hizo en veinte años una historia cuyo único mérito consiste en la erudición, y en la que el conde de Boulainvillers sólo hallaba diez mil errores; y, finalmente, la de Vely, continuada por Villaret y por Garnier.

«Hay trozos bien hechos en Vely, dice Voltaire, cuyos juicios son preciosos; se le deben elogios y gratitud; pero debería tenerse el estilo del asunto de que trata, y para escribir una buena historia de Francia, no basta tener discernimiento y buen gusto».

Villaret, que había sido cómico, escribe con un estilo pretencioso y ampuloso; cansa por una continua afectación de sensibilidad y de energía; es á veces inexacto y carece á menudo de imparcialidad. Garnier, más razonable, más instruído, no le aventaja mucho como escritor; su manera es pálida, su estilo flojo y prolijo. Entre Garnier y Villaret no hay más diferencia que la que existe entre lo mediano y lo peor, y si la primera condición de vida para una obra debe consistir en dejarse leer, el trabajo de esos dos autores puede considerarse con justicia como si no existiese.

Por lo demás, escribir la historia de una sola nación, es obra incompleta, sin puntos de apoyo y sin escapes de finalidad; por consiguiente, falta y deforme. Sólo puede haber buenas historias locales en los compartimientos bien proporcionados de una historia general. No hay en el mundo más que dos empleos dignos de un historiador: la crónica, el diario, ó la historia universal. Tácito ó Bossuet.

Desde un punto de vista limitado, Comines escribió una historia de Francia bastante buena en seis

líneas: «Dios no ha creado nada en este mundo, ni hombres, ni animales, á quienes no haya opuesto algo contrario, para tenerlos en temor y humildad. Por eso hizo vecinas á Francia é Inglaterra.»

Francia, Inglaterra y Rusia son en nuestros días los tres gigantes de Europa. Desde nuestras recientes conmociones políticas, esos colosos tienen cada uno su actitud particular; Inglaterra se conserva y mantiene, Francia se rehace, Rusia se levanta. Este último imperio, joven aún en medio del antiguo continente, crece desde hace un siglo con singular rapidez. Su porvenir tiene una importancia capital en nuestros destinos. No es imposible que su barbarie venga algún día á reforzar nuestra civilización, y el suelo ruso parece guardar como reserva poblaciones salvajes para nuestras regiones civilizadas.

Ese porvenir de Rusia, tan importante hoy para Europa, da gran interés á su pasado. Para comprender bien lo que será ese pueblo, debe estudiarse cuidadosamente lo que ha sido. Pero nada tan difícil como semejante estudio. Hay que andar como perdido en medio de un caos de confusas tradiciones, de relaciones incompletas, de cuentos, de contradicciones, de crónicas truncadas. El pasado de esa nación es tan tenebroso como su cielo, y hay desiertos en sus anales como en su territorio.

No es, por consiguiente, fácil escribir una buena historia de Rusia. No es mediocre empresa atravesar esa noche de los tiempos, para ir, entre tantos hechos y relaciones como los que se entrecruzan y empujan, á descubrir la verdad. Es preciso que el escritor coja valerosamente el hilo de ese dédalo; que desenrede las tinieblas; que su laboriosa erudición esparza

vivas claridades sobre todas las cimas de esa historia. Su crítica concienzuda y sabia cuidará de restablecer las causas combinando los resultados. Su estilo fijará las fisonomías, indecisas aún, de los personajes y de las épocas. Claro que no es trabajo fácil el poner á flote y hacer pasar de nuevo ante nuestra vista todos esos acontecimientos desde tanto tiempo ha, desaparecidos del curso de los siglos.

El historiador deberá, nos parece, para ser completo, prestar un poco más de atención de lo que hasta hoy se ha hecho á la época que precede á la invasión de los tártaros, y dedicar un volumen entero, quizás, á la historia de las tribus vagabundas que reconocen la soberanía de Rusia. Este trabajo produciría un gran efecto de luz sobre la antigua civilización que existió probablemente en el norte, y el historiador podría acudir para ello á las sabias investigaciones de Mr. Klaproth.

Lévesque ha referido ya, es cierto, en dos volúmenes añadidos á la larga historia de esas poblaciones tributarias; pero esa materia espera todavía un verdadero historiador. Sería preciso, también, tratar con mayor desenvolvimiento que Lévesque, y, sobre todo con mayor sinceridad, ciertas épocas de gran interés, como el reinado famoso de Catalina. El historiador digno de este nombre castigaría con el hierro rojo de Tácito y con el látigo de Juvenal á esa cortesana coronada, á quien los altaneros sofistas del último siglo habían concedido un culto que negaban á su dios y á su rey; esa reina regicida, que había elegido para sus cuadros de tocador una matanza (1) y un incendio (2).

(1) La matanza de los Polacos en el arrabal de Praga.

(2) El incendio de la armada otomana en la bahía de Tchesmé. —Esas dos pinturas eran las únicas que adornaban el tocador de Catalina.

No cabe duda de que una buena *Historia de Rusia* llamaría vivamente la atención. Los futuros destinos de Rusia son hoy campo abierto á todas las meditaciones. Esas tierras del septentrión han echado ya varias veces el torrente de sus pueblos por medio de Europa. Los franceses de este tiempo vieron, entre otras maravillas, pacer las hierbas de las Tullerías por caballos acostumbrados á hacer lo mismo al pie de la gran muralla de China; y vicisitudes inauditas en el curso de las cosas redujeron en nuestros días á las naciones meridionales á dirigir á otro Alejandro el dicho de Diógenes: *Retírate de nuestro sol*.

Podría escribirse un libro curioso acerca del estado de la condición de los judíos en la Edad media. Eran muy odiados, pero eran muy odiosos; eran muy despreciados, pero eran muy viles. El pueblo deicida era también un pueblo ladrón. A pesar de los consejos del rabino Beccaï (1), no tenía escrúpulos de robar á los *naçarenos*, según llamaban á los cristianos; por eso, también, eran á veces víctimas de su propia ambición. En la primera expedición de Pedro el Ermitaño, unos cruzados, arrastrados por su celo, hicieron voto de degollar á todos los judíos que hallasen por el camino, y lo cumplieron. Esa ejecución era una represalia sangrienta de las bíblicas matanzas efectuadas por los judíos. Suárez observa únicamente que

(1) Este sabio doctor quería impedir que los judíos fuesen subyugados por los cristianos. He aquí sus palabras, que quizás sea bueno reproducir: «Los sabios prohíben prestar dinero á un cristiano, por temor de que el acreedor sea comprado por el deudor; pero un judío puede pedir prestado á un cristiano sin temor de que éste le seduzca, pues el deudor huye siempre de su acreedor.» Judío completo, quien pone la experiencia del usurero al servicio de la doctrina del rabino.

los hebreos habían degollado á menudo á sus vecinos por una piedad bien entendida, y que los cruzados degollaban á los hebreos por UNA PIEDAD MAL ENTENDIDA.

He ahí una muestra de odio; he ahí, ahora, una muestra de desprecio.

En 1262 se efectuó una conferencia memorable ante el rey y la reina de Aragón, entre el sabio rabino Ezequiel y el hermano Pablo Ciriaco, dominico muy erudito. Cuando el doctor judío hubo citado el Toldos Jeschut, el Targum, los archivos de Sanhedrín, el Nissachón Vetus, el Talmud, etc., la reina concluyó la disputa preguntándole *por qué hedían los judíos*. Es cierto que ese odio y ese desprecio fueron disminuyendo con el tiempo. En 1687, se imprimieron las controversias del israelita Orobio y del armenio Felipe Limborck, en las cuales el rabino presenta objeciones al muy ilustre y muy sabio cristiano, y el cristiano refuta las aserciones del muy sabio y muy ilustre judío. En el mismo siglo diez y siete se vió al profesor Rittangel, de Kœnigsberg, y Antonio, ministro cristiano de Ginebra, ingresar en la ley mosaica; lo que demuestra que la prevención contra los judíos no era ya tanta en esa época.

Hoy hay muy pocos judíos que sean judíos, muy pocos cristianos que sean cristianos. No se desprecia, no se odia, porque no se cree. ¡Inmensa desgracia! Jerusalén y Salomón, cosas muertas; Roma y Gregorio VII, cosas muertas. Hay París y Voltaire.

El hombre enmascarado, que durante largo tiempo se hizo pasar por dios en la provincia de Khorassán, fué primero secretario de la cancillería de Abú Moslém, gobernador de Khorassán, en tiempo del califa

Almanzor. Según el autor del *Lobbtarikh*, se llamaba Hakem Ben Haschem. En el reinado del califa Mahadí, tercer abasida, hacia el año 160 de la hégira, se hizo soldado; luego fué capitán y jefe de secta. Como la cicatriz que le produjo el dardo de una flecha le volvió el rostro horroroso, repugnante, se cubrió con un velo y fué apellidado *Burcâi*, velado. Sus adoradores estaban convencidos de que ese velo servía para ocultarles el esplendor abrasador de su cara. Khondemir, quien, lo mismo que Ben Schahnah, le llama Hakem Ben Atha, le dió el título de Mocannâ, *enmascarado*, en árabe, y pretende que usaba una careta de oro. Digamos, de paso, que un poeta irlandés contemporáneo cambió la careta de oro en un velo de plata. Abú Giafar al Thabarí da un resumen de su doctrina. Sin embargo, la rebelión de ese impostor iba creciendo y se hacía temible; entonces Mahadí envió á su encuentro al emír Abusâid, quien derrotó al Profeta enmascarado, le echó de Meru y le obligó á encerrarse en Nekhscheb, donde había nacido y donde murió. El impostor, asediado, reanimó el valor de su fanático ejército por medio de milagros que parecen aun increíbles. Hacía salir todas las noches, del fondo de un pozo, un globo de luz que, según Khondemir, lanzaba claridad á varias millas á la redonda; esto le hizo apellidar Sazendeh Máh, *el hacedor de lunas*. Finalmente, reducido á la desesperación, envenenó al resto de sus seides en un banquete, y, con el objeto de que se le creyese subido al cielo, se sumergió en una cuba llena de materias corrosivas. Ben Schahnah asegura que sus cabellos flotaron sobre esas materias y no se consumieron. Añade también que una de sus concubinas, que se había ocultado para evitar el veneno, sobrevivió á aquella destrucción general, y abrió las puertas de Nekscheb á Abusaid. El Profeta enmascarado, confundido por algunos igno-

rantes cronistas con el Viejo de la Montaña, escogió para sus banderas el color blanco, por odio á los abasidas, cuyo estandarte era negro. Su secta subsistió largo tiempo después de él, y por caprichosa casualidad hubo entre los turcomanos una distinción de Blancos y Negros en la misma época en que los *Bianchi* y los *Neri* dividían á Italia en dos grandes facciones ó bandos.

Voltaire, como historiador, es á veces admirable; deja que griten los hechos. La historia sólo es para él una larga galería de medallas con dos cuños. Casi siempre la reduce á esta frase de su *Ensayo sobre las costumbres*: «Hubo cosas horribles, también las hubo ridículas». En efecto, toda la historia de los hombres cabe ahí. Luego añade: «El escanciador del rey, Montecuculli, fué descuartizado; he ahí lo horrible. Carlos V fué declarado rebelde por el Parlamento de París; he ahí lo ridículo». Sin embargo, si hubiese escrito sesenta años después, no le hubieran bastado esas dos expresiones. Cuando hubiese dicho: «El rey de Francia y trescientos mil ciudadanos fueron degollados, fusilados, ahogados... La Convención nacional decretó que Pitt y Coburgo eran enemigos del género humano». ¿Qué palabras hubiera escrito debajo de semejantes cosas?

Un espectáculo curioso sería éste: Voltaire juzgando á Marat, la causa juzgando el efecto.

Fuera, sin embargo, algo injusto hallar tan sólo en los anales del mundo horror y risa. Demócrito y Heráclito eran dos locos, y esas dos locuras reunidas en un solo hombre no le harían volver cuerdo. Voltaire merece, pues, un cargo grave; ese hermoso genio escribió la historia de los hombres para lanzar un

inmenso sarcasmo contra la humanidad. Quizás no hubiese cometido ese error si se hubiese limitado á Francia. El sentimiento nacional hubiera vuelto roma la amarga punta de su talento. ¿Por qué abstenerse de esta ilusión? Debe observarse que Hume, Tito Livio, y generalmente los narradores nacionales, son los historiadores más benignos. Esta benevolencia, aunque mal fundada algunas veces, es un atractivo para leer sus obras. En cuanto á mí, aunque el historiador cosmopolita sea más grande y me agrade más, no odio al historiador patriota. El primero es más según la humanidad, el segundo más según la ciudad. El *cuentista* doméstico de una nación me encanta algunas veces, hasta en su estrecha parcialidad, y hallo algo altanero que me agrada en estas palabras de un árabe á Haggajaj: «No sé más historias que las de mi país.»

Voltaire tiene siempre la ironía á la izquierda y al alcance de la mano, como los marqueses de su tiempo la espada en el cinto. Es fino, brillante, pulimentado, bonito, engarzado en oro, guarnecido de diamantes, pero mata.

Hay conveniencias de lenguaje que sólo se revelan al escritor por el espíritu, por la gracia de las naciones. La palabra *bárbaros*, que está bien en un romano al hablar de los galos, sonaría mal en labios de un francés. Un historiador extranjero no hallaría jamás ciertas expresiones que huelen á indígena. Decimos que Enrique IV gobernó á su pueblo con una bondad paternal; una inscripción china, traducida por los jesuitas, habla de un emperador que reinó con una bondad *maternal*. Colorido enteramente chino y encantador.

Á UN HISTORIADOR

Vuestras descripciones de batallas son muy superiores á los polvorientos y confusos cuadros, sin perspectiva, sin dibujo y faltos de color, que nos ha dejado Mézeray, y á los interminables boletines del P. Daniel; sin embargo, nos permitiréis una observación de la cual creemos que podréis sacar algún provecho, en adelante, para vuestra obra.

Si os habéis aproximado á la manera de los antiguos, no os habéis desprendido aún lo bastante de la rutina de los historiadores modernos; os deteneis demasiado en los pormenores, y no os dedicáis suficientemente á pintar las masas. ¿Qué nos importa, en efecto, que Brissac haya dado una carga contra d'Anelot, que Lanoue fuese derribado de su caballo, y que Montpensier pasase el arroyo? La mayor parte de esos nombres, que aparecen ahí por primera vez en la obra, crean confusión en un punto en el cual el autor no sería jamás demasiado claro, y cuando debería arrebatarse el espíritu por una rápida sucesión de cuadros. El lector se detiene para averiguar á qué partido pertenecen tales ó cuales nombres, para poder seguir el hilo de la narración. No era ese el pro-